

“Comisarios políticos del poder”

Conversación de José Saramago con José Halperín



Yosimar Rendón Saraza, Taller complementario de ilustración, Facultad de Artes Universidad de Antioquia

Desmoronados los marxismos históricos, usted sigue reivindicando a la izquierda. ¿Por qué?

Le voy a decir lo que contesté ante una pregunta similar del periodista Bernard Pivot, en Francia: él me preguntó por qué sigo siendo comunista. Y le dije: “Puedo contestar algo que ayude a la reflexión sobre este tema: Padezco de

algo que se puede llamar el comunismo hormonal. Por ejemplo, las hormonas hacen que los hombres tengamos barba y las mujeres no. Bien, imagínese que hay personas que nacen con ciertas hormonas que las dirigen hacia el comunismo y las pobres no tienen más remedio que ser así. Bien, ahí tiene usted el motivo por el que sigo siendo comunista, por una hormona que me impone una obligación ética.

¿Y cómo se siente hoy frente al panorama que presentan las izquierdas?

Las izquierdas son campos en minas. Porque, mire, son muchas las crisis en el mundo, pero hay una crisis que es la más grande de todas, que es la crisis de ideas. No hay ideas. Quiero decir, ideas hay, hay gente que las tiene, que las expresa y todo eso. Pero lo que no hay son ideas que reúnan a la gente, y no se puede hacer nada si usted no tiene una idea donde la gente se encuentre, alrededor o compartiéndola. Entonces esto, cuando se trata contra la derecha, no tiene mucha importancia, porque la derecha no necesita ideas. Pero tiene consecuencias graves para la izquierda porque la izquierda no puede vivir sin ideas. Y la verdad es que algunas de ellas se agotaron, otras quizás estén ahí esperando una resurrección, en condiciones distintas, claro.

¿Y dónde le parece que puede estar el fracaso? ¿En qué se equivocaron?

Mire, el fracaso de las izquierdas se ve en lo siguiente: la derecha, cuando por motivos de estrategia política se va al centro, es decir, hace lo que se llama una política del centro, pues no por eso deja de ser derecha. Y no engaña a nadie. Pero cuando la izquierda se va al centro, deja de ser izquierda. Ese es el problema. Si la izquierda se va al centro, en nombre de una política supuestamente necesaria en un momento determinado, argumentando que los tiempos no marchan hacia la radicalización —siempre hay una excusa para eso—, entonces la izquierda se va al centro, y a partir de ese momento se desmiembra, pierde identidad. La derecha no pierde nunca su identidad, la izquierda puede perderla fácilmente. Y eso es lo que ocurrió en este momento. Si hay una izquierda, ¿dónde está la izquierda? ¿Es el Partido Socialista Francés? No. ¿Son los laboristas en el Reino Unido? Tampoco. Están haciendo todos lo mismo y, en el tiempo actual, con la globalización que está por ahí e impone tantas cosas, los gobiernos, sean de centro, sean de derecha, sean de izquierda, se han convertido en los comisarios políticos del poder. Y esto, aprovechando esa función del comisario político en la Unión Soviética, pues los gobiernos de ahora son los comisarios políticos del poder económico. Eso es así, cuando se está pasando todo a la iniciativa privada, cuando los Estados se retiran de sus responsabilidades y sus obligaciones. ¿Qué significa esto? Significa plantearse si el propio Estado se debe desligar de sus responsabilidades. Entonces, en una situación como ésta es muy difícil hacer una política de izquierda. Ahora bien, ¿hacer una política de izquierda según qué principios? ¿Según los principios

decimonónicos, según los principios del siglo XX, o de la primera mitad del siglo XX? No, no es fácil, no hay lugar para eso. Y aquí vamos al problema central: el problema del poder. En estos momentos ¿quién tiene el poder? El poder real hoy no es el poder político. Vamos a ver: con esto, ¿qué estamos indicando? Por ejemplo, ¿dónde está la capacidad reivindicativa de un sindicato? Se acabó... Los sindicatos se sientan a lo que llaman la mesa de las negociaciones para debatir la fracción de cero coma dos o cero coma tres en el aumento en los salarios, y se acabó. Los despidos son masivos y los sindicatos no protestan, no hacen nada. Como consecuencia de esa pérdida de vigencia de las leyes y de la pérdida de la capacidad de convocatoria de los sindicatos y partidos de la izquierda, un grupo de personas se organiza y tiene una acción sobre la sociedad. Llegados a este punto de la crisis y de toda esa dispersión, afortunadamente, entramos en una fase que no será la ideal, pero que es la proliferación de pequeños movimientos de resistencia ciudadana, que se manifiesta en todo el mundo. Ahora, cómo es que esto llegará a tener una efectiva influencia, sobre todo en el sentido de cambiar la ruta por donde vamos, eso no sabría decirlo, pero ya es algo que existe.

¿Hay algún país, o algún momento de la historia, quizá del siglo XX, o en la actualidad, que usted vislumbre como ideal, o se le parezca?

No. Hace poco tiempo, con motivo de un encuentro de la fundación ATTAC, que promueve la imposición de un gravamen a todas las transacciones financieras en el mundo, presenté un texto que después fue leído también en el acto de clausura del último Foro de Porto Alegre, en febrero pasado. Señalo

en él que todo se discute en este mundo, excepto una cosa: no se discute la democracia. Porque parece que se parte del principio de que la democracia está ahí, y por lo tanto no vale la pena reflexionar sobre eso. Y yo creo que hoy se está necesitando un debate mundial sobre la democracia, y quizá si lo hiciéramos nos daríamos cuenta de que esto que estamos viviendo y que llamamos democracia, no lo es. Es una pura falacia, es una falsedad, nada de lo que está pasando hoy en el mundo, en los países que se declaran democráticos, tiene que ver con la auténtica democracia. Se ha vuelto evidente que el poder real es el poder económico. Tú no eliges a la administración de Coca Cola o de General Motors. Entonces, si el poder real es ése, todo lo que pasa por debajo es una falacia. Es decir, tú quitas un gobierno y pones otro, pero cómo será el gobierno que tú quitaste o el gobierno que has puesto; en el fondo van a hacer lo mismo. Van a hacer lo que le conviene al poder económico. De tal manera, el cambio que reclamaste queda frustrado. Por eso yo creo que tiene que ser una exigencia ciudadana discutir la democracia.

¿La izquierda puede jugar algún papel en esa discusión?

La izquierda tiene el instrumento que necesita, y se llama Carta de los Derechos Humanos. Está todo ahí. Todo lo que la izquierda ha dicho desde siempre que había que hacer en el mundo está ahí, y es un documento firmado por países democráticos. Un documento al que nadie da la más mínima importancia. Pero, si en lugar de todo ese debate que corporiza con los programas de los grandes partidos políticos, si hubiera un partido, de izquierda, que son los partidos que lo pueden hacer, a partir de ahora todo el

programa está allí: Carta de los Derechos Humanos. Pero aquí hay un problema, y es que el cumplimiento de los derechos humanos es incompatible con lo que está pasando en el mundo. Pues, entonces, si los reivindicas vas a tener que oponerte a lo que está pasando.

Lo que nos lleva a pensar que la clave del problema está en encontrar mecanismos para controlar al poder real.

Sí. El poder político tendría que controlar el poder económico, y no lo hace. Por eso digo que, en el estado en que se encuentran los gobiernos, no pasan de ser comisarios políticos del poder económico.

¿Entonces la izquierda se tendría que plantear como urgencia la construcción de un poder cierto, no meramente deliberativo, para poder controlar a ese otro poder que hoy maneja el mundo? ¿De qué otra forma, si no, se podría poner en marcha el programa de la Carta de los Derechos Humanos?

Bueno, precisamente aquí el problema central es que el poder se escapó de las manos de los ciudadanos. No se escapó, se lo quitaron. Lo hicieron al organizar el mundo de forma tal que la economía debilite la capacidad política de los ciudadanos de intervenir en la sociedad que es la suya, de la que ellos son parte. Esa capacidad se ha reducido al mínimo. Me gusta decir que la democracia tiene unos cuantos rituales, una especie de misa laica: el día equis te llamo para que vayas a cumplir tu deber ciudadano poniendo un voto. Pero, ¿qué significa eso? Porque yo sé que en Argentina, o en Portugal, o en todo el mundo, no tienen nada más que esos rituales. Y te digo, no hacemos nada más que eso, sólo podemos hacer eso. ¿La alternativa es la revolución? Bueno, yo no estoy

hablando de eso, y además para hacer una revolución hay que tener algunas ideas sobre lo que se quiere hacer en el futuro, y ahora, como ya hemos visto, las ideas no sobran.

¿Cuba es un caso diferente?

Cuba es un caso distinto. Pero de todos modos Cuba está en este mundo, y no sabremos nunca qué es lo que Cuba podría ser si no estuviera sometida, prácticamente, a un bloqueo de todo el mundo¹. Lo digo porque, si ese bloqueo lo ha querido Estados Unidos, la voluntad de Estados Unidos pasó inmediatamente, con pequeñas excepciones, a otros países, y como se acabaron los bloques, entonces todos se alinean. Por otra parte, yo pienso que la Unión Soviética ha dado en su momento una ayuda enorme a Cuba —porque está claro que la apoyó muchísimo—, pero al reducir todo a la caña, al monocultivo, crearon una relación ficticia. En el fondo, a la Unión Soviética le interesaba tener allí una base, como se vio con la crisis de los misiles. Y África ha sido un caso similar en el que enfrentamientos entre países, Angola y Mozambique, por ejemplo, escenificaban la Guerra Fría. Son los espacios de confrontación que los dos bloques de poder, las superpotencias, desarrollaron en el mundo. En algunos países esa Guerra Fría se convirtió en Guerra Caliente. Angola, Mozambique y prácticamente toda África, ha sido el campo de batalla donde Estados Unidos y la Unión Soviética hicieron sus beneficios. Hoy, África es un continente en ruinas.

¿Nadie en el mundo se ha solidarizado con Castro frente al bloqueo de Estados Unidos?

No, porque en el fondo ¿qué gobierno podría solidarizarse con Cuba y con

Castro? ¿España, Francia, Italia, Portugal? Castro estaba en la otra orilla. Nada de lo que Castro quería para su pueblo era entendido, y mucho menos en las democracias occidentales. Se lo veía como una amenaza, como algo que podría intentarse exportar a sus pueblos.

¿Cómo cree que la historia juzgará a Fidel Castro?

No lo sé, no tengo ninguna idea... Mira lo que está pasando con Picasso: antes era un genio, ahora se lo llama un monstruo. Y también ha sucedido con otros. Pero, ¿qué es el juicio de la historia? La historia no hace juicios, los que hacen juicios son los hombres de cada época.

¿En el futuro no se podrán lograr más certezas juzgando este presente que ya habrá concluido?

Pero, ¿cómo es que el futuro puede tener más certezas? Nosotros simplemente somos un presente que alguna vez ha sido futuro, ¿no? ¿Eso nos da alguna seguridad a la hora de hacer un juicio? ¿Por qué un día los juicios habrán de ser justos y definitivos? Pensemos que el futuro de 1910, por ejemplo, ha sido 1940, o sea el fascismo. Los literatos que a veces dicen: "Ahora nadie me entiende, pero el futuro me hará justicia". ¿Y cuáles son los motivos para que el futuro les haga esa justicia, cuando puede ocurrir que el futuro tenga motivaciones completamente diferentes?...

Un típico razonamiento de la izquierda ha sido pensar que el futuro será mejor. ¿Podríamos pensar que uno de los errores de la izquierda fue que, habiéndose preocupado por los más débiles, no ha pensado en qué clase de mundo les gustaría vivir a los débiles y a la gente en general? ¿No haberse

preguntado si el mundo que la izquierda diseñó para todos es el que la gente realmente quiere?

Cuando yo estaba hablando de la Carta de los Derechos Humanos... en el fondo está ahí todo lo que un ser humano puede diseñar para su vida. El problema es saber quién es el que tiene más condiciones, más capacidad y más rigurosidad, incluso rigurosidad política, para construirlo. ¿Es la derecha o la izquierda? En principio, está clarísimo que no es la derecha. Quizá la izquierda tampoco tenga muy claro cómo lo puede hacer, pero, por lo menos, eso es lo que me gustaría. Lo que sucede es que si en todo el mundo sólo existiera una clase, la clase media, pues entonces se acabaría la izquierda. Un ejemplo a examinar es Argentina donde, con la crisis la clase media se hundió, y llegaron aquí noticias de que finalmente los argentinos y su clase media terminaron de reconocer que existía la pobreza. ¿Por qué? Porque la misma clase media sintió que sufría la pobreza. Pero yo me permito decir, con mi experiencia de vida, que esa conciencia no durará nada. A partir del momento en que la situación mejore, y en que la clase media vuelva a ser clase media, se va a olvidar de los pobres.

¿Se va a olvidar de los pobres y del tema de la pobreza?

Es inevitable que suceda. Entonces llegaríamos a la peor de las conclusiones: si una clase media, incapaz de razonar mientras la prosperidad está ahí, necesita una crisis económica que la golpee duramente para supuestamente entender el dolor de los más pobres, entonces, cuando más tarde sienta que el bolsillo está otra vez como estaba antes, se olvidará todo. Por lo tanto, yo digo que la izquierda no



Edwin Castañeda Duarte, Taller complementario de ilustración, Facultad de Artes Universidad de Antioquia

tiene otro campo de trabajo, sino compensar la injusticia. Es decir, hay una injusticia en el mundo. ¿No tiene que ver tu destino de justicia o injusticia con el lugar en que tú naces? ¿Dónde has nacido, en qué medio has nacido, de qué familia? Eso de alguna forma determinará toda tu vida futura, el acceso o no a la educación y a una vida digna. Porque si naces en La Pampa, en la Patagonia, pues te quedarás ahí. Puede que un día, cuando llegue la felicidad universal —o sea, seríamos todos clase media— pues ese día la izquierda ya habrá cumplido su misión histórica.

¿Puedo deducir que, a su juicio, esta experiencia de los cacerolazos a la que algunos le adjudican el alumbramiento de una nueva conciencia cívica, tiene los límites de que la protagoniza una clase media que hoy está en la calle protestando y, por lo tanto, cuando se le resuelvan sus problemas probablemente se olvidará de los pobres?

Yo creo que lo que está llamando al cacerolazo es una cosa de todos los días. Todos los días los ciudadanos deberíamos hacer un cacerolazo... Se llamaría otra cosa, se llamaría participación, intervención del ciudadano en la vida de su país, exigencia ética, todo eso. Yo no quiero

decir que sean folclore, pero, ¿por qué se manifiestan ahora y no se manifestaban antes? ¿Acaso antes la clase media ni siquiera tenía una cacerola para hacer ruido? Seamos sinceros... Yo hablo de Argentina porque es el ejemplo reciente, pero finalmente parece que es tan fácil si la gente baja a la calle, con cacerolas o sin cacerolas. Es la exigencia ética, la responsabilidad, todo eso que es la obligación del ciudadano todos los días. Y no quedarse esperando que se sufra en los bolsillos para bajar a la calle con la cacerola. La cacerola tiene que ser otra cosa, pienso, para que no se llegue a la necesidad del cacerolazo.

Pero parece difícil generar un ciudadano tan activo, tan constantemente alerta y participativo...

Sí, eso es lo que hay que discutir. Lo que pasa en el mundo, la publicidad, el discurso político, el mensaje, todo trabaja para que ganen ellos y nos movilizemos sólo para comprar un coche. Pienso en cómo el sistema canaliza la energía de un ser humano, su imaginación, su capacidad creadora para convertirlo en un comprador. Cuántas transformaciones llegarían si toda esa energía se concentrara en mejorar el mundo...

De cualquier modo es cierto que en todas las épocas fue difícil movilizar a la gente, al margen de que existiera la TV y el sistema de propaganda.

Sin embargo, antes era más fácil, por buenas razones o por malas razones. Está claro que siempre, para movilizar miles y miles de personas se acude a una maquinaria de propaganda política que te pone, si quiere, un millón de personas en la calle. Pero no se trata de eso. No se trata de que yo me mueva porque me empujan. Yo tengo que moverme por mis propios motivos, por

mis propias razones, y la primera es la responsabilidad. Yo no puedo negar que tengo una responsabilidad, como ciudadano, como parte de una sociedad. ¿O acaso lo único que sirve es tener y tener cada vez más? Por favor, recuperemos esta idea de que hay que aprender a vivir juntos.

¿Es decir que otro fracaso de la democracia es que no pudo promover un sistema en el cual el ciudadano tenga una actitud más alerta y más participativa?

Y es por eso que llegamos adonde hemos llegado. Estamos en una situación en que una democracia, que según la definición antigua es gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, en esa democracia precisamente está ausente el pueblo.

Hace un tiempo, Jean Baudrillard sostenía que existe un pacto de simulación entre los gobernantes y el pueblo que es, más o menos, así: el primero dice "dame tu voto y yo simularé que gobierno en nombre del interés general", y el pueblo responde "yo simulo apoyarte para que me libres del compromiso de ocuparme del bien común".

Bueno, es evidente que hay un juego de mutuo engaño.

En ese sentido, ¿le parece que el nuevo Foro de Porto Alegre abre alguna expectativa?

Abre todas las expectativas. Ahora, vamos a ver adonde llegará, porque mientras las cosas son expectativas está todo bien, y normalmente cuando ellas son expectativas esperamos lo mejor. Pero falta saber cómo se desarrollará, cómo crecerá, porque esto, un niño, es una expectativa, y el Foro de Porto Alegre es un niño. Los buenos deseos de los que quieren que el mundo cambie están puestos allí. Claro que el Foro de Porto Alegre no es un partido, no. Hay

miles de organizaciones distintas, que están de acuerdo en un punto: que el mundo no está bien. En el fondo, por ahora todo se circunscribe a “El mundo no está bien”. Ahora, probablemente no coinciden todos en el camino para cambiar el mundo. Pero, bueno, tampoco estamos buscando aquí una idea monolítica que todo el mundo acepte.

¿Usted no está esperando que de ahí surja un partido?

No, eso sería lo peor que puede pasar. Que salga de allí un partido para entrar en la rutina partidista

—“dame tu voto que yo te daré no sé qué cosa”—. No. Tiene que ser un movimiento reivindicativo, no sólo un movimiento opinativo. Tiene que haber una reivindicación muy clara, que sea capaz de denunciar lo que está pasando en el mundo y eso lo están haciendo. Pero, bueno, el año que viene vamos a tener más Foro... En diciembre pasado,

cuando se celebró la Convención del Centenario del Premio Nobel, yo he coincidido en la mesa, imagínese, con George Soros, y no hemos comido porque nos ha llevado toda la cena discutir. Lo que percibí es que, por lo menos, manifiesta cierta preocupación sobre cómo está el mundo, pero, ¿él va a contribuir para que el mundo vaya en otra dirección? [...]

¹ Nota de la edición *Agenda Cultural Alma Mater*.

El 14 de abril de 2003, José Saramago escribió una columna en *El País* de España titulada “Hasta aquí he llegado” en la que, a raíz de las ejecuciones y el encarcelamiento de un grupo de disidentes, manifestó su oposición a las políticas ejercidas en Cuba.

Fragmento extractado de *Saramago: Soy un comunista hormonal. Conversaciones con Jorge Helperín*, *Le Monde diplomatique*, edición Colombia, Bogotá, 2002, pp. 14-26.
Publicación autorizada por los editores.